

Rafael QUIROSA-CHEYROUZE y Mónica FERNÁNDEZ AMADOR (eds.), *Movimientos sociales e instituciones locales en la transición. La lucha por la democracia en la Andalucía rural*, Madrid, Catarata, 2017, 285 pp. ISBN 978-84-9097-389-9.

En 2007, Encarna Nicolás, en un estudio sobre la movilización social en la provincia de Murcia, señaló que “la transición se [había hecho] en los pueblos”. Esa nueva aportación cambió la manera de afrontar las investigaciones sobre el proceso de cambio político del franquismo a la democracia. Diversos grupos de investigación se centraron en analizar la participación social durante la transición. Rafael Quirosa-Cheyrouze y Mónica Fernández, editores de esta obra, desde el grupo de investigación *Estudios del tiempo presente* han sido algunos de los que más han incidido en la importancia que tuvo el mundo periférico y rural en la construcción del sistema democrático. Una de las mejores pruebas de sus aportaciones a la historiografía es este libro coral. En él, diferentes investigadores demuestran que la sociedad almeriense se movilizó en busca de mejoras sistémicas y no solo demandas de carácter político. Gran parte de los trabajos, perfectamente cohesionados entre ellos, se centran en el marco geográfico de la provincia de Almería que, como definió Juan Goytisolo en *La Chanca*, se caracterizaba por su escaso desarrollo económico (en algunos casos han ampliado el objeto de estudio a Andalucía). La ausencia de grandes núcleos obreros no evitó la aparición de protestas ciudadanas. Los jornaleros, los agricultores y los habitantes de pequeñas ciudades, en este caso de Almería, participaron en la construcción del nuevo sistema. Otros estudios dedicados a Galicia, a Albacete, a Sevilla o a Granada han insistido en esa misma idea (Capítulo 1).

Esta perspectiva de la transición a la democracia muestra las complejidades de un proceso que fue más allá de la celebración de elecciones nacionales y de la aprobación de la Constitución de 1978. Los cambios afectaron a gran parte de los ámbitos de la vida y no solo a las libertades políticas. Las correlaciones sociales, unas veces de fuerzas y otras de debilidades, fueron las que permitieron que los cambios se fueran haciendo evidentes tal y como demuestran los diferentes capítulos de la presente obra.

Las Hermandades de Labradores y Ganaderos del franquismo fueron transformadas en las Cámaras Agrarias (capítulos 2 y 8). Sin embargo, las nuevas estructuras no fueron bien recibidas por una parte importante de las OPAS y de los agricultores. Estos colectivos denunciaron que las Cámaras mantenían las mismas dinámicas dictatoriales que las Hermandades. La prueba más evidente de esta situación fue la celebración de comicios en 1978 para elegir a sus representantes locales. El uso político que llevó a cabo la UCD de la legislación electoral y de las candidaturas independientes y los problemas en los censos son dos ejemplos del escaso funcionamiento democrático de estas instituciones agrarias (p.

206). Todo ello provocó que se convirtieran en unas instituciones carentes de participación social y de competencias, lo que desencadenó su disolución décadas después (p. 52).

Al calor de los movimientos prodemocráticos surgieron otras demandas que aprovecharon ese contexto de movilización y de protesta (capítulo 5). El Ejido, que pertenecía al municipio de Dalías, pidió constituirse como localidad independiente. La modernización de la agricultura bajo plástico había provocado un gran crecimiento de El Ejido, hasta el punto de que había superado a Dalías. De esta manera, durante la transición, en dicha localidad se produjo un doble proceso de transición. Los movimientos sociales sirvieron para consolidar las ideas de democracia institucional y también para construir una identidad local. Así, los discursos de las asociaciones vecinales reclamaron, en primer lugar, la independencia de su localidad como una manera de materializar el sistema democrático (p.123). Las demandas de la asistencia social fue otro ejemplo de las movilizaciones sociales paralelas a la defensa del sistema de libertades (capítulo 10). Las asistentes sociales, hasta el momento mujeres voluntarias, aprovecharon las grietas del sistema para denunciar la falta de atención de los discapacitados y de las personas mayores. Durante la transición, se produjo un choque entre el sistema franquista basado en la beneficencia y las jóvenes recién diplomadas que demandaban una mayor inversión estatal (p. 265). Pretendían que los servicios fuesen públicos y no solo religiosos y que el Estado y la sociedad las reconociesen como trabajadoras sociales.

El asociacionismo agrario relacionado con las producciones de tomate y de pepino también aprovechó la situación para pedir mejoras en el sector. Una vez más, el choque entre la modernización (en este caso productiva) y los anticuados reglamentos agrarios permitió que los agricultores formalizaran colectivos con funcionamiento democrático. El sistema heredado de la dictadura no estaba preparado para soportar el aumento de las producciones y la existencia de cupos máximos por provincias provocó un enfrentamiento entre Almería, Canarias y el Estado Central (p. 95). Ambas provincias presionaron al gobierno para que les concediera mayores cuotas, al mismo tiempo que pedían limitaciones para el resto de las provincias. Se generó un conflicto, hasta el momento poco conocido, entre diferentes regiones de España y también contra ciertas medidas del gobierno, como el establecimiento de los controles de calidad en La Junquera. Una de las soluciones que planteaban desde Almería evidenció la vinculación de las problemáticas locales con la transición exterior. Consideraban que la única solución posible a estas limitaciones era la integración en Europa, pues conllevaría la liberalización del mercado.

El interés de ciertos periódicos en mostrar las actividades de los movimientos sociales permitió visibilizar las problemáticas de la provincia que, por otra parte, eran comunes con gran parte de la sociedad española (capítulo 6). La importancia que cada diario le otorgó a estas temáticas dependió de la ideología del comité director y de la presencia de periodistas jóvenes y con inquietudes sociales. En Almería, *El Ideal* sirvió como altavoz de las asociaciones vecinales, del feminismo y de los colectivos en defensa de los discapacitados (p. 146).

Uno de los momentos más relevantes de la democratización fue la celebración de los comicios municipales de 1979. La elección de las corporaciones municipales fue esencial, pues se trataba de las administraciones más cercanas a la sociedad y en las que la ciudadanía había depositado gran parte de sus esperanzas. El capítulo 9 destaca la importancia de los pactos poselectorales entre los partidos de izquierdas, que permitieron al PSOE y al PCE dominar los principales núcleos de la provincia. Al mismo tiempo, muestra la relevancia de las primeras corporaciones municipales democráticas. Una vez constituidos los salones de plenos, la sociedad tuvo que comprender que la democracia no era el remedio para todos los problemas, sino que se necesitaba trabajo, tiempo y recursos

(p. 235). La voluntad política debió hacer frente a la escasez de medios económicos, a la falta de conocimientos, al desencanto social y a las viejas prácticas franquistas. Aun así, se llevaron a cabo grandes progresos: se mejoraron las infraestructuras, los servicios públicos y se elaboraron programas culturales, hasta ahora inexistentes.

El libro también dedica dos capítulos a dos movimientos sindicales que, si bien no fueron los más importantes, también condicionaron el proceso en momentos puntuales. La CNT, sindicato anarquista, fue refundado en Andalucía por jóvenes universitarios y trabajadores y algunos veteranos de la guerra civil (capítulo 7). Sin embargo, no alcanzó el desarrollo que había tenido en esa comunidad durante los años treinta (p. 179). Los motivos, según el autor, fueron la descontextualización de su programa y el uso de la violencia. Mayor importancia tuvo el Sindicato de Obreros del Campo (SOC) en la provincia de Almería y de Sevilla. Se trató de un colectivo cuyas demandas trascendieron de lo estrictamente laboral. Se configuró como un movimiento popular en el que participaron todos los miembros de las familias dedicadas a la agricultura, principalmente porque la estructura de propiedad era familiar (p. 70). Esa organización permitió diversificar las demandas: jubilación a los sesenta años, reparto de tierras, seguros por desempleo o democracia fueron algunas de sus propuestas del SOC de Marinaleda.

En definitiva, este libro colectivo representa una aportación importante a los estudios de la transición. Su lectura nos acerca a aspectos menos conocidos del proceso de cambio político, pero igualmente importantes. Demuestra que las transformaciones afectaron a todos los niveles, que una parte importante de la sociedad participó en ellos y que las viejas prácticas franquistas tuvieron que convivir con las nuevas dinámicas democráticas. La militancia en un partido no fue la única manera de construir el nuevo sistema constitucional. La vertebración de colectivos democráticos, cada uno con unas demandas específicas, también contribuyeron a que la sociedad comprendiera cómo funcionaba la democracia y cuáles eran los problemas con los que contaba el país. De ahí la insistencia inicial de Rafael Quirosa-Cheyrouze de mostrar la transición como un proceso de participación ciudadana.

Sergio MOLINA GARCÍA
Universidad de Castilla-La Mancha
Sergio.Molina@uclm.es